

Con Haro Tecglen : del prólogo al epílogo

SALVADOR PÉREZ

Pareció un encuentro pero fue una despedida. Así es la vida. Tres días antes de su ida definitiva nos encontramos personal y efusivamente aquí en la propia tierra. Nos unían tantas cosas que el abrazo brotó rotundo y abarcador, las aspas de molino quijotescas de sus largos brazos nos apretaron con la fuerza inusitada de tanto en común. "Somos los padres de Carlos Salvador" y su cara se llenó de gozo y alegría, de satisfacción plena, de reencuentro para lo que fue despedida. La vida es así...

Eran algo más de las diez de la noche del jueves 13 de este octubre y había terminado la charla en el ciclo de CajaCanarias, como otras veces un diálogo en vivo, esta vez con Mariano Vega y nos hallamos ante aquella poderosa figura no sólo física sino un mito, un referente cultural, periodístico, literario, ensayístico para nuestro hijo, Carlos Salvador, del que hizo el prólogo "La hoja en el surco" para su libro "Dioses para cinco minutos". Con aquella falsa fachada de hosco cuando era bondad interior pues la vida le obligó a encerrar entre los pliegues de su alma la soledad de los vencidos, nos dijo que no quería agradecimientos, y enseguida hablamos un poco de todo: de política y teatro (donde le informé de su crítica elogiosa, él tan temible, a la obra "Almacenados", todavía en cartel en Madrid, con Pepe Sacristán y Carlos Santos, y que era dirigida por un canario-madrileño, Juan José Afonso "Cuco", primo nuestro y que dedico el montaje a la memoria de nuestros hijos...). Nos ofreció su estímulo cuando le dijimos las ideas (educar: hacer mejores a las gentes) sobre la próxima Fundación Canaria Carlos Salvador y Beatriz.

Y es que Haro era pan cotidiano en casa, algo que estaba ahí en cualquier esquina de la conversación de cuatro seres humanos que formaban eso que la sociedad llama familia y donde el don de la palabra era herramienta colectiva. Lo leíamos (Carlos empezaba El País desde las últimas páginas) y oíamos, era un hogareño *Visto/Oído*, un *Barra Libre* comentado y reflexionado, que no te dejaba indiferente. Se convirtió en referente inevitable y de Haro toma Carlos (lo dice otro Carlos: Robles, su amigo biógrafo) "la conciencia crítica incisiva, la (des)creencia en el mito del niño republicano, la claridad de las utopías propias y ajenas, la prematura conciencia de estafa absoluta en torno a los discursos sobre esas utopías (vida, sexo, democracia, justicia)". Toma a pie juntillas la frase de Haro "lo malo de que se te ocurra una cosa es que luego tienes que escribirla" y nos deja un largo caudal de páginas escritas. Un amplio río de certezas y dudas, añoranzas y recuerdos, pesimismo y optimismo, ironías y risas, mala leche y candor y la premonición de la muerte flotando en citas y precisiones. Hacía como Haro y todo lo escribía. Todo lo analizaba. Todo le sugería una cara y una cruz, no aguantaba las verdades rotundas ni los dogmatismos, a todo "le daba la vuelta", a todo le buscaba sus porqués. Y así escribía: "Como Haro Tecglen, tengo la mezcla de Cristo y Marx, sin ser católico ni marxista".

El siguiente paso fue la tesis doctoral. Carlos Salvador lo conoce fugazmente, en enero de 1998, en la celebración de unas jornadas sobre la revista Triunfo en la Universidad de La Laguna y donde Haro se sintió emocionado de que un padre y un hijo-juntos- hablaran el mismo lenguaje y conocieran la transición política española con ese antes y ese después del franquismo. Más tarde una carta con este encabezamiento "Leído Haro Tecglen" y la tardanza en la contestación que llegó, vía teléfono, y la ilusión y el nerviosismo de un joven que ve confirmado su futuro proyecto.

Todo se rompe en mil pedazos cuando un terrible accidente de tráfico siega la vida de nuestros únicos hijos, Carlos y Beatriz, con la potencia y la ilusión de sus 27 y 25 años. Haro conoce la noticia y poco después, en diciembre de 2001, me llama y quedamos en intercambiar opiniones sobre la posibilidad de publicar cosas de nuestro hijo, toda una vida llena de palabras y líneas flotando en el devenir de cada día. El proceso para echar a caminar tamaña aventura fue largo y doloroso. El autor esperaba la luz pero yo estaba en sombras de dudas y tinieblas de desesperanza aunque después de algún tiempo, dos años y cinco meses, se publicaron, ahora en su segunda edición. Y Haro estaba allí...

Efectivamente el primer libro, "Dioses para cinco minutos", lleva el prólogo con el título de "La hoja en el surco" y donde dice muchas cosas para el autor pero también para sí mismo y sobre todo para este mismo momento de la última partida. Veamos algunas muestras: "Yo vivo

al día siguiente”, dijo una vez. Pensemos que Carlos Salvador-salvado- llega hoy, un día siguiente, cuando una persona cualquiera lee estas delgadas y agudas hojas...”. “Enséñame lo que no sé”, me dice, y le devuelvo las palabras: me enseña lo que no sé; a veces me enseña lo que sé pero no he sabido formularme, como hacen los verdaderos escritores con los lectores que no se pueden formular a si mismos. Aprendo de él, como aprendí de mis hijos; soy el sucesor de los que debían ser mis sucesores, y llevo sus palabras y sus ideas a cuestras, sobre el lomo de lo que escribo, para que la muerte de ellos no interrumpa su palabra y viaje sobre mí hasta donde yo llegue”. “Lo ridículo es no parar de hablar de la muerte, de la que lo único que sabemos es que ‘es’ y ‘está’, escribe Carlos Salvador cuando se acaba”.

Y sigue diciendo Haro Tecglen en el prólogo de mi hijo: “La muerte no existe, me digo muchas veces, recordando la de cada uno, la de todos ellos: simplemente se deja de vivir”. Y precisa: “No hay muerte: se deja de vivir, como antes de nacer”. Y puntualiza: “Y, como no hay muerte, el gran escritor niño, el adolescente escritor, no ha muerto”. Y remacha, al final: “El no ser de Carlos Salvador viene aquí a ser: y aquí es querido, y transportado, entrado en otros cuerpos que le dan la vida y la continuidad. Sigue hablando, y le repetimos, y aprendemos su lección de parquedad y de emociones”.

Ese es el Haro que tuvimos pocos días antes de su ida: cercano, humano, reflexivo. En su última charla, aquí en Tenerife, estuvo pletórico, radiante, brillante. Era el Haro de siempre: un vendaval de ironías, un huracán de sarcasmos (“lo que digo que no salga de aquí”), un rayo y truenos de razones contra los poderosos y siempre girando, en todos los vientos de su palabra volcánica, su amor a los más débiles, un ser la voz de los sin voz. Y allí, en la habitación de Carlos, todos sus libros (incluso el primero que compramos, Diccionario Político, 160 pesetas del año 1974) junto a su otro amor literario: M.V.M., Manuel Vázquez Montalbán, que conoció cosas de Carlos en visita a Tenerife y después nos envió inolvidable carta. Y lomo a lomo, una bella dedicatoria que nos hizo de “El niño republicano” junto al “Panfleto desde el planeta de los simios”. En su primera página Montalbán incluye un poema de Cavafis (“¿Y qué será ahora de nosotros sin bárbaros?/ Quizá ellos fueran una solución después de todo”/) que viene como anillo al dedo para una de las últimas metáforas de Haro que le comentamos en directo: los emigrantes como una bola africana de langosta, los de dentro siguen viviendo.

Carlos Salvador dice de Haro, en la página 179 de su primer libro, por polémica con Paco Umbral: “la inteligencia en la muerte”. Y así lo vislumbró. De jueves a lunes al mediodía, Martini en la mano, comida con un editor, los deberes cumplidos de sus artículos diarios en El País y la Ser y el feliz epílogo para una vida plena y coherente, llena de luces, algunas sombras y al pie del cañón (perdona, querido Haro el tópico militarista; tú tan contrario a todo lo que oliera a ejército) de su trabajo. Feliz en tu manera de morir. Y tu ejemplo para ese después del después que dicen que es la eternidad: tu cuerpo donado a la ciencia. Como Carlos Salvador del que siguen viviendo 17 partes de su cuerpo. También unidos en eso tan difícil que se llama simplemente: solidaridad. Como decías en uno de tus libros: “He tenido amores enormes y pequeñitos, hijos perdidos, grandes penas, pocas esperanzas. Me queda la de descansar. La fecha del descanso la pondrán otros”. Ya la hemos puesto: ¡salud, compañero!

- **Artículo publicado en el Diario de Avisos de Tenerife**